



bam  
bú



Philippe Nessmann  
**EN BUSCA  
DEL RÍO SAGRADO**

Las fuentes del Nilo

PREMIO MONTÉLIMAR 2007



The bottom half of the cover features a landscape illustration. It shows a wide river or lake in the foreground, with a palm tree on the left and a large, leafy tree on the right. The sky is a pale, hazy blue, and the distant shore is visible under a soft light.

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, S. A.

© 2005 Éditions Flammarion para el texto  
y las ilustraciones.

© 2008, Editorial Casals, S.A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

Título original: *À la recherche du fleuve sacré.  
Les sources du Nil.*

Traducción: Manuel Serrat Crespo

Primera edición: octubre de 2008

ISBN: 978-84-8343-049-1

Depósito legal: M-36.002-2008

*Printed in Spain*

Impreso en Anzos, S.L. –Fuenlabrada (Madrid)

Créditos fotográficos del Cuaderno Documental:

Bettmann/Corbis: 1

Getty Images: 2

Royal Geographical Society/Getty Images: 3

Rue des Archives/Gregoire: 8

Private Collection/The Stapleton Collection/The Bridge-

man Art Library: 9

Rue des Archives/CCI: 10

Bojan Breclj/Corbis: 11

Rue des Archives: 12

Roger-Viollet: 13

Royal Geographical Society: 14

Bettmann/Corbis: 15

Euan Denholm/Reuters: 16

Mapas:

Marie Pécastaing/Studio jeunesse Flammarion

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

## **Acto I**

# Hacia el lago Tanganika

# **Capítulo uno**

## **En el palacio del sultán de Zanzíbar**

### **Encuentro con dos blancos**

### **Enrolado a su pesar**

**E**stoy una vez más de guardia en la parte trasera del palacio del sultán, junto a la gran palmera. Puesto que vigilo una puerta por la que nunca pasa nadie, me aburro como el cadáver de un muerto, una vez más.

Para matar el tiempo, intento recordar un viejo proverbio. ¿Acaso: «el que rema a favor de la corriente hace que los cocodrilos se rían», o tal vez: «el que rema contra la corriente hace que los cocodrilos se rían»? Intento meterme en la piel de un cocodrilo e imaginar cuál de ambas cosas es más chusca.

–¡Sidi Mubbarak! ¡Ven!

Es Baraka, mi jefe, el que se dirige a mí.

–¡Ya ves que estoy trabajando! Beberemos más tarde.

–Ven, el sultán quiere verte.

–¡Ah! Si se trata del sultán...



Preguntándome aún qué tontería habré hecho, sigo a Baraka por una serie de corredores muy frescos, hasta la gran estancia del palacio donde el sultán recibe a sus invitados.

–¡Entra aquí, Sidi Mubbarak!

Sayyid Majid ben Said al-Busaid tiene apenas veintidós años. Se convirtió en sultán de Zanzíbar el año pasado, cuando murió su padre, pero se tiene la impresión de que ha dado órdenes toda su vida, tal vez, incluso, ya en el vientre de su madre.

–¡Entra!... Mis invitados quieren conocerte.

Hay allí, sentados en una banquetta, dos hombres blancos vestidos como blancos. Uno de ellos tiene el pelo negro, el otro amarillo.

–Buenos días Sidi Mubbarak –dice el del pelo negro.

Ese hombre me da miedo. Incluso sentado parece alto como un gigante. Sus ojos son tan severos que te empujan hacia atrás. En cada una de sus mejillas tiene una cicatriz larga como un pulgar, como si una lanza le hubiera atravesado de parte a parte la boca.

–¿Al parecer hablas industaní?

Estoy tan impresionado que no lo advierto enseguida: me está hablando en esa lengua.

–Claro –le respondo.

Podría explicarle que soy africano, nacido en la tribu Yao, y que de niño fui capturado por los mercaderes árabes y vendido como esclavo. Mi dueño me llevó entonces



a la India. Fue allí donde aprendí el industaní, una lengua de aquel país. Cuando murió mi dueño, me convertí en un hombre libre y regresé a África, donde me alisté en la guardia del sultán de Zanzíbar.

Podría contarle todo eso, pero prefiero callar. Un silencio vale por veinticinco respuestas.

–Al parecer viajaste hasta la India con tu dueño –prosi-  
gue el hombre del pelo negro, que lo sabe ya todo de mí–.  
Vas a acompañarme en un largo viaje por las tierras afri-  
canas.

¿Un viaje? ¡Ah no, no quiero! Estoy muy bien custo-  
diando mi puerta, por la que nunca pasa nadie.

Y, además, hay tantas mujeres que me gustan en la is-  
la de Zanzíbar y con las que quiero casarme. ¡No quiero  
marcharme!

–Sabe usted, sahib, aquí tengo mucho trabajo que hacer  
para su alteza...

–¡No discutas! –me interrumpe en árabe el sultán– ¡Yo  
he decidido que vayas!

¿Pero por qué yo? ¿Acaso es un castigo por algo que he  
hecho mal? ¿Y por qué ese viaje?

–¿Se dedican al comercio de esclavos?

–No, buscamos un río. Se llama Nilo y...

¿Para qué buscar un río? ¡Todos los ríos se parecen! La  
única pregunta interesante es: ¿qué divierte más a los co-  
codrilos? ¿Ver a un remero que remonta la corriente o que  
desciende por ella? Mientras el hombre del pelo negro le



habla a las moscas, echo una ojeada a su compadre. Parece algo más joven, veinticinco años tal vez, aunque sea difícil calcular la edad de los blancos. No ha dicho nada desde el comienzo. No hace más que escuchar e inclinar amablemente la cabeza. El jefe no es él.

De pronto, un silencio: la explicación debe de haber terminado.

—¡Nos vemos mañana por la mañana en el puerto!

Con un gesto de su cabeza, el sultán me indica que me marche.

Regreso a mi puesto de guardia, tan contrariado como un borrico entre buitres: ¡no quiero marcharme!

\* \* \*

—¿Cómo se llaman?

—El jefe se llama Richard Burton y el otro John Speke.

Mi amigo Baraka, que es mi superior entre los guardias, es muy curioso: siempre quiere saberlo todo. Esta noche, me ha invitado a su choza para beber vino de coco. Estamos sentados en jergones y me acribilla a preguntas.

—¿Y qué estáis haciendo en el puerto?

—Preparamos el tesoro.

—¿El tesoro?

Me divierte pincharle.

—¡Sí, el tesoro! Los ingleses son muy ricos, llevan rollos de tela, más hermosas que las más hermosas telas del sul-



tán. Y también un montón de joyas y de cuentas. He tenido la suerte de verlas y he quedado tan deslumbrado que los ojos me pican todavía. Metemos esos tesoros en cajas para llevarlos con nosotros. Con eso nos van a pagar los ingleses.

No es del todo cierto: servirán, sobre todo, para comprar comida por el camino. Pero Baraka me cree y abre unos ojos como platos.

–¿Hay muchas cajas?

–Tantas que se necesitarán treinta asnos y treinta y cinco hombres para llevarlas. Y ocho soldados baluchis para defendernos de los ladrones.

–¿Y tú eres porteador?

–Yo, ¡claro que no!

–¿Por qué te han elegido entonces?

Siento la envidia en la boca de mi amigo y eso me gusta. No le he dicho que yo no quería marcharme.

–Porque hablo lenguas. Aquí nadie habla inglés. De modo que los dos blancos no pueden dar sus órdenes. Pero, como han vivido en la India y yo también, me dan sus instrucciones en industaní y yo las traduzco.

–¡Pero también yo he vivido en la India! ¡También yo hablo industaní! ¿Por qué no me han elegido a mí?

–Sin duda porque yo hablo mejor...

–Bah... ¿Y no quieres decirme lo que vais a buscar?

–Si te lo he dicho ya: un río. Pero no puedo decirte nada más...



Apuro mi calabaza de vino de coco y, luego, añado para concluir la cuestión sin mostrar que no sé nada más:

–Es un secreto.

Baraka rumía: le habría gustado tanto participar en el viaje. Él es realmente un aventurero –yo no.

–¿Cuándo os marcháis?

–Hace meses ya que los ingleses preparan la caravana, todo está casi listo. Saldremos cuando acabe la estación de las lluvias.

–¿Y cuánto tiempo durará el viaje?

–No lo sé.

En realidad, lo sé: para mí, sólo durará unos días. Soy un hombre libre y nadie puede obligarme a hacer lo que no quiero. Para no acabar en las mazmorras del sultán, he decidido partir con los ingleses, pero huiré en cuanto nos hayamos adentrado bastante.

Nunca más volveré a ser un esclavo...

